

# Ejército Invencible

33 BRIGADA MIXTA • 3ª DIVISION

MADRID SEPTIEMBRE 1937

## SUMARIO:

EDITORIAL.—FACETAS DE LA GUERRA. — LA UNIDAD, PUNTA PRINCIPAL DE LA VICTORIA, por Alba Cotrina.

ESCRIBÁMOSLO, por Vicente Catalá.

GUERRA DE INDEPENDENCIA Y DE EXTERMINIO, por Carlos Sanz.

LA ANTORCHA QUE ENCENDIÓ LA GUERRA, por Luis Jiménez de Molina.

CONSEJO A LOS MANDOS.—HAY QUE ESTUDIAR.

¡OYEME, CAMPESINO!

EL ALCOHOLISMO, por Vicente Arroyo.

EL ARTE DE LA GUERRA EN GENERAL, por M. B. I.

NECESIDAD DE LA FORTIFICACIÓN, por Pedro y Diego.

EL DEPORTE Y EL FÚTBOL, por Luis Pérez.

SÓLO UNA CONSIGNA: GANAR LA GUERRA, por José Mejía.

LA UNIVERSIDAD DEL COMBATIENTE, por Ravassa.

Dibujos de Boris Yefimov, Ravassa y Castillo.



La muerte encuentra un aliado.

(Del «Moscou News».)



# EJERCITO INVENCIBLE

AÑO I - 33 BRIGADA MIXTA - 3.ª DIVISIÓN - DIRECTOR: LUIS J. MOLINA

## EDITORIAL ● FACETAS DE LA GUERRA

### La unidad, puntal principal de la Victoria

Las intervenciones en el C. S. N. del camarada Negrín han abierto los ojos a las democracias universales que se hacían las ciegas ante nuestra guerra. Todas las grandezas de la lucha que el pueblo español sostiene contra el fascismo para arrojarle de España, a donde vino con las intenciones de hacerse dueño y señor de las vidas y haciendas de los españoles; toda la verdad que encierra nuestra pujanza para librarnos de la tiranía que se nos quería imponer, fueron expuestas en las reuniones de Ginebra con un hondo concepto de razón, de razón incontrovertible, por el ilustre—y hoy ya destacado o estadista—presidente del Consejo del Gobierno legítimo de la República...

Y, por cierto, que la tesis de estos magistrales discursos no ha caído en esta ocasión en el vacío. Negrín ha sido escuchado con admiración y respeto. Con admiración, porque, a través de sus fluidas palabras, se veía claramente la aparición en los ámbitos de la política internacional de un hombre que, a pesar de todas las falsas propagandas de la reacción para desprestigiarle, sobresalía saltando todas las patañas de los enemigos, sentando sobre bases firmes el contenido de la misión que llevaba... Y con respeto, porque todos los reunidos veían en la totalidad de sus frases y de sus peticiones una justicia cuya aplicación, si se hace esperar, acarrearía una catástrofe para la cultura y la economía del mundo...

El doctor Negrín ha puesto muy alta la bandera de la República. Principalmente por el cambio que ha hecho operar en las potencias que, viendo clarísima la solución del problema, nos iban destrozando poco a poco, dándole tiempo al fascismo para que se apoderase de España, sumidas en la hedionda política de la «no intervención». Y

estas potencias, hoy, reconociendo la verdadera línea de los acontecimientos, desandan—comienzan a desandar—lo andado, ofreciéndonos—circunstancialmente—su valioso apoyo. No ha mermado en nada nuestra situación respecto al resto del mundo—como creen los emboscados, los incontrolables y demás enemigos que tenemos vagando por la retaguardia—la no reelegibilidad de España para la presidencia del Consejo de la Sociedad de Naciones. El poderío de la República sigue en pie. Tan en pie que, podemos decirlo muy alto, la victoria ha encontrado ya el camino seguro de las realidades.

El pueblo español, el auténticamente español, que es el antifascista, vivirá las jornadas del triunfo, aunque para ello se precise todavía limar facetas decisivas y sangrientas. Estamos seguros que de ellas ha de encargarse nuestro potente Ejército popular, quedando fuera de combate a los invasores que han de propugnarlas.

El Ejército ha de prepararse para futuros que han de surgir muy pronto. Y ha de vencer porque el sacrificio de todo el pueblo laborioso le ha de inyectar todas las fuerzas que para ello necesita.

Las masas antifascistas inician derroteros de franca unidad. Ladeando ideales y dogmas tienden a unirse en bloques de hierro. Y se unen por que saben que únicamente así se puede vencer. Pero es necesario que esta unidad—aunque desde el primer día se sienta en las trincheras—sea el mejor reglamento de nuestro Ejército. Que todos: soldados, jefes y oficiales lo estudien al pie de la letra, sin dejar atrás ni un punto ni una coma.

Una relación estrecha de unidad en la vanguardia y en la retaguardia ha

## Escribámoslo

POR VICENTE CATALA

La guardia está montada. Es una noche de las que nos dicen estamos en el verano. Noche apacible y con luna clara.

En un puesto fortificado y alrededor de una máquina nos sentamos algunos camaradas. La quietud y las voces que de vez en cuando dan los que están en los parapetos enemigos me invita a hablarlos. Cojo la bocina y lo hago. En el frente hay un silencio sepulcral. Otro compañero les dirige frases acertadas y patéticas y el silencio sigue siendo el dueño en los parapetos enemigos.

¡Oye!, cántales una milonga para ver si se animan. Pronto, y a través de la bocina, una voz clara y bonita entona una canción. Todos callamos, influenciados por el sentimiento del cante, cuando de repente una descarga cerrada y el cante de ametralladoras enemigas es el aplauso a la canción. Todos tumbados en el suelo y las balas se estrellan sobre las piedras. Como a la descarga primera le suceden otras, con alguna intensidad, pronto todos los camaradas van en busca de su fusil.

El parapeto no tiene troneras y es casi imposible asomarse para darnos cuenta de dónde salían los tiros, pues las balas pasan arrasando las piedras del mismo parapeto. El camarada sirviente de la máquina pregunta: «Preparado que está, ¿de dónde salen los tiros?»

Al momento quedaron las troneras hechas, pues todos en absoluto vimos la importancia que esto tiene. Así es, camaradas, que de ninguna manera debemos esperar a fortificar en el preciso momento en que nos demos perfecta cuenta de lo necesario que esto es

de ser el mejor director de nuestra victoria. Y si le agregamos el cariz que la guerra ha tomado a partir de las últimas reuniones de Ginebra, el triunfo ha de resaltar claro a los ojos de todos los españoles que odian al fascismo y adoran la libertad y la independencia.

¡Unidad, sí; unidad en las trincheras y en la producción! ¡Y unidad también para reconstruir luego lo que la reacción destrozó!





# Guerra de independencia y de exterminio

POR CARLOS SANZ

Los momentos que atravesamos son de vida o muerte para España. Serán de vida, indudablemente. Un pueblo como el nuestro, al que asisten la razón y la fuerza, que tiene confianza en sí mismo, que está dispuesto a los mayores sacrificios para conseguir la victoria, no puede morir.

No olvidemos, sin embargo, que imperialismos extranjeros lanzan furibundas amenazas contra nuestra Patria. Los generales cerriles de inteligencia y ruines de corazón, al darse cuenta de su impotencia y de su rotundo fracaso, no dudaron en añadir nueva y mayor traición a la consumada el 18 de julio. Vieron que se hundían irremisiblemente. En pocos meses, tal vez semanas, el proletariado español hubiera acabado con ellos. Sus desesperadas llamadas de socorro encontraron eco en los países fascistas de Europa, que no esperaban otra cosa para satisfacer sus ambiciones, desplegar sus ansias imperialistas, lanzar a sus pueblos a locas aventuras y buscar remedio a su pésima situación económica y política. Se consumó la venta miserable. Hitler y Mussolini empezaron a enviar material de guerra y divisiones íntegras de sus ejércitos. No vienen a salvar a Franco. Vienen a hundir a España. A anularla en el concierto de las naciones. Vienen a saquear nuestro país, a apoderarse de las riquezas del subsuelo español, de sus industrias, de sus campos. Vienen para situarse ventajosamente en el litoral mediterráneo y atlántico.

El odio que Alemania e Italia sienten hacia España republicana están pregonándolo descaradamente hace muchos meses. Pero, en realidad, no sienten mucha mayor simpatía hacia la España rebelde. ¿Pruebas? La forma despectiva y tiránica con que los mandos extranjeros tratan a los españoles sujetos al fascio, a los jefes del ejército, al mismo Franco. Todos no son más que marionetas, que no pueden moverse sino al dictado de los caprichos de los eunucos de Hitler y Mussolini les han mandado. Incluso policía alemana actúa en la retaguardia fasciosa.

Si los traidores lograsen ganar la guerra, lo cual ni remotamente puede suceder, al día siguiente de nuestro exterminio seguiría el de todos los españoles del otro lado que no se mostrasen absolutamente sumisos a todo género de vejaciones. España sería colonia de Alemania e Italia, que se repartirían nuestro suelo, nuestros productos, nuestros tesoros. Conocidas son las declaraciones de Hitler con motivo de la ofensiva sobre Bilbao. «De Euzkadi—dijo—nos interesa ahora extraordinariamente la zona minera.» Y confirmando las palabras con los hechos—las Agencias lo comunican—, salen todos los días del puerto de Bilbao barcos alemanes cargados de mineral, rumbo a Hamburgo.

Además, los puestos de dirección y de responsabilidad serían, sin excepción, ocupados por los perros de presa de aquellos tiranos. Con pretexto de la densidad de población de sus naciones, enviarían millones de sus súbditos, a los cuales entregarían nuestros campos, nuestras fábricas, nuestros hogares, nuestras mujeres...

Por ello, la guerra que sostenemos no es la guerra civil, ni es solamente lucha de contenido social y revolucionario para la emancipación de los oprimidos por la sed de oro y ambición capitalista de sus conciudadanos. Es también, en grado eminente, GUERRA DE INDEPENDENCIA NACIONAL.

Las armas nos esperan; las empuñamos con energía y no caerán de nuestras manos, porque defendemos los sagrados derechos del pueblo, al mismo tiempo que los inviolables derechos de la Patria.

La contienda es atroz. La lucha, a muerte. Desde que los invasores han hecho invasión de nuestro suelo, nuestra dignidad de hombres y de españoles no puede quedar satisfecha hasta la extinción total de los bárbaros que lo están desbastando y de todos sus cómplices. No caben pactos ni transacciones, ni componendas ni paces vergonzosas.

España ha de vencer netamente. No debemos dar tregua a nuestros brazos ni pueden saciarse nuestros pechos, sedientos de noble venganza. Son gravísimos los ultrajes que se nos han inferido, muchas las víctimas inocentes, asesinadas vilmente por la metralla alemana e italiana. Innumerables los camaradas caídos en el campo del honor nacional para que nuestra memoria olvide tantos y tan grandes crímenes.

Por la forma con que las huestes mercenarias y sus aliados vienen portándose, podemos deducir cuál sería nuestra suerte el día que flaquease nuestro ardor. Morir sin honra, fusilados a montones, asesinados por la espalda, sepultados como inmundicia. Camaradas, nuestra vida es preciosa. La ofrecemos serenamente por la causa de la cual somos valerosos soldados. Pero a buen precio; al precio en que se estima la vida de un hombre honrado y de un español consciente. No todos hemos de morir para alcanzar el triunfo. Si fuera necesario, moriríamos todos. Morirán ellos, los traidores, porque cada existencia truncada de uno de nuestros hermanos llevará por delante triple número de bribones.

Es mil veces preferible que la muerte nos cierre los ojos corriendo adelante, al asalto y a la conquista de las posiciones enemigas, abrasados por la llama del ideal, que morir cobardemente ante la tapia de ejecución o lentamente, en la triste frialdad de una mazmorra, o de hambre y a latigazos por el sadismo de los canallas nacionales y extranjeros.

Que nuestras compañeras, que las mujeres españolas, no puedan tildarnos jamás de gallinas ni de traidores. Que no puedan aplicarnos las palabras que a Boabdil dijo su madre, al entregar la ciudad de Granada: «¡Llora como mujer, ya que no supiste defenderte como hombre!».

Soldados del Ejército del pueblo español... Los ojos nos han sido dados para derramar lágrimas de cocodrilo. Nuestros ojos centellean para recoger la imagen del enemigo, guiarnos en su persecución y enfrentarnos valerosamente con cualquiera clase de peligros. Nuestros ojos vislumbran ya porvenir feliz para España y sus auténticos hijos. Nuestros propios ojos, o los de nuestros hermanos de lucha e ideal, verán la libertad del pueblo, la independencia de la patria y el exterminio de los infames que corroen sus entrañas.

Así es nuestra guerra. Contraponen enemigos irreconciliables. Si dejásemos que la iniciativa corriera a cargo de los que nos odian con odio mortal, ninguno de nosotros sobreviviría al desastre de la nación española... Tensos, pues, nuestros músculos. Vibrante nuestro espíritu. A la lucha con brío, con emoción, con sentimiento de bravura sin límite y de guerra sin cuartel, para aplastar total y definitivamente a cuantos han dado a nuestra contienda carácter de guerra de independencia.





## LA ANTORCHA QUE ENCENDIO LA GUERRA

POR LUIS JIMÉNEZ DE MOLINA

Fué la antorcha que encendió la hoguera de la guerra española el cobarde asesinato del teniente Castillo. España se agita convulsivamente desde meses ha, envuelta en pronunciamientos, traiciones y asesinatos perpetrados por la añeja política de caciques. Al nombre de no importa qué partido—eran muchos los que, bajo la enseña del país, escondían los crímenes más bajos y aborrecibles—, eran asesinados, ayer Farauo, Castillo hoy..., y se sucedían—casi diariamente—atentados contra personalidades políticas que simbolizaban una nueva humanidad.

España había atravesado por una época de terror, encarcelando las ideas, como si para destruirlas bastara con las rejas de la cárcel; declarando al margen de la ley a todo aquél que no se tomara la molestia de pensar «a derechas». Se quería volver a lo retrógrado y se respiraba un ambiente donde únicamente encontraban su asiento lo arcaico y atávico junto al crimen, el robo y las pasiones más bajas y desenfrenadas.

Y, sin embargo, no obstante el terror que se extendía a través de los pueblos españoles, el ansia de liberación iba ganando adeptos. Se decía que el movimiento insurreccional de octubre había sido abatido y que la «semilla marxista» desapareció con él; pero lo cierto es que, a pesar de la «benemérita» colaboración del general López Ochoa y la no menos cruel del sanguinario Doval, la «semilla marxista», lejos de desaparecer, fructificaba. La sangre derramada en los campos castellanos, tanta tragedia y tanto horror en Asturias, no quedó oculto, sino que se elevó por encima de las negras conciencias de los gobernantes, de tal modo, que todo el período de su gobierno fué cabeciendo, apoyándose en las puntas de las bayonetas de los guardias civiles, los del alma tan negra como el charol de sus tricornos.

Ningún poder puede sostenerse con semejante apoyo. Y aquel Gobierno presidido por el viejo pelele, Lerroux, tenía forzosamente que caer, del mismo modo que cayó el de Portela para dar paso—en las históricas elecciones de febrero—a las izquierdas.

Pero la traición venía forjando día a día. En las altas esferas sociales un cerebro—ministro antiguo de la Dictadura—manejaba a su antojo todos los resortes de la vieja política.

El asesinato del teniente Castillo fué la antorcha que encendió la guerra, adelantándose a los planes—que creían descubiertos—de los traidores. A la muerte de Castillo sucedió la de Calvo Sotelo, como justa venganza a tanto crimen perpetrado impunemente. Y días más tarde se levantaban contra la República, contra el Poder legalmente constituido, una piara de generalotes, babeantes de rencor, odio y destrucción.

Sembraron la muerte en España primero y la vendieron después, cuando vieron que sus esfuerzos seniles eran impotentes ante un pueblo que quiere morir con honra. Vendieron España, desgajándola con furia innoble, a pedazos, repartiéndola a los incendiarios de Europa.

Las divisiones italianas, las divisiones alemanas—precio de la venta—se estrellan, un día y otro, ante el heroico empuje de nuestros hombres. Y en las sierras de Asturias estos mercenarios encuentran un baluarte de hierro que no podrán tomar... Triunfaremos. Y con nuestro triunfo acabará de una vez y para siempre tanta infame y rastrera política...

## LA UNIVERSIDAD DEL COMBATIENTE



Cuadros de educación técnica de los mandos y un conocimiento de todas las armas son condiciones esen-

## CONSEJO A LOS MANDOS

### ¡HAY QUE ESTUDIAR!

Sí, camaradas. Aunque parezca algo absurdo, el libro debe ser, hoy, compañero del fusil.

En otros tiempos, quien hubiera aconsejado esto hubiera sido tachado de insensato. Remarque y Barbuse nos hicieron, con los libros, aborrecer los fusiles. La guerra es odiosa porque es destructiva y nuestra misión social es construir, elevar el futuro como una torre alta coronada de ideas; sin embargo, acariciamos hoy el fusil porque en él ciframos nuestra esperanza única de victoria y porque acariciamos el fusil, porque nos es indispensable para construir nuestro futuro, necesitamos buscar en el libro que ayer repudiábamos las enseñanzas necesarias para hacer la guerra como soldados.

En julio salimos al campo con un bagaje de entusiasmo extraordinario, pero sin la más mínima noción de lo que es la guerra y un ejército que en ella se desenvuelve.

Nuestro entusiasmo se estrelló contra la organización militar del enemigo, que disponía de un volumen técnico superior al nuestro, y como nos hemos convencido de que el entusiasmo sólo es un factor en el logro de la victoria, volvemos los ojos al libro buscando la enseñanza de la técnica que, unida al entusiasmo, nos ponga en condiciones de vencer.

Eso es todo, camaradas. Nuestro Ejército se nutre de valores proletarios. Una de nuestras aspiraciones, acaso la más esencial, es la de poseer la técnica. Necesitamos conocerlo todo, hasta la guerra. Como los mandos de nuestro Ejército son proletarios, tenemos el deber de ir hacia el dominio de la técnica militar.

Que ningún jefe se escude en su vida civil, en su taller o en su andamio. Que ningún mando piense en el mañana después de la victoria.

El libro hace compatibles todas las actividades. ¿Quién ha dicho que no se puede ser albañil y general?

Mañana, cuando la guerra concluya, el Ejército del pueblo seguirá nutrido de valores proletarios. Soldados y jefes serán como hoy, proletarios, albañiles, mecánicos, mineros... La nueva sociedad forjada con silbos de bala estará amenazada por el fascismo internacional. El albañil, el mecánico y el minero tendrán que estar dispuestos a ser soldados en cualquier momento que la sociedad les necesite. ¿Comprendéis?

Hay que estudiar. Con afán, con entusiasmo. Cuando los cuadros de mandos del Ejército del pueblo se capaciten técnicamente, el Ejército del pueblo será invencible. No es suficiente saber defender la idea; es indispensable saber hacerla triunfar.

ESTE NUMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA



# ¡OYEME, CAMPESINO!

Un día que salimos para efectuar supuestos tácticos y a varios campesinos que labraban la tierra, y recordando los años de mi niñez (a los trece cogí la yunta y seguí sus pasos tras el surco) me puse a hablar con ellos y les hice ver, entre otras cosas, que éramos nosotros, los soldados del pueblo, los que los liberábamos de la esclavitud en que hasta ahora habían vivido.

Desde el 18 de julio—les dije—no existen en la España leal terratenientes, sino pequeños propietarios; es decir, obreros trabajadores de su tierra, a quien nosotros respetamos aun en el caso de que no quieran trabajar colectivamente. Les hice ver que nosotros éramos un Ejército constituido por todos los hombres honrados de nuestra Patria: obreros del campo, obreros de la ciudad, con entera conciencia de clase y, por consiguiente, con plena responsabilidad; con ideología distinta a la del fascismo internacional, enemigo de la clase proletaria, ya sea anarquista o comunista, sindicalista o socialista. Y nosotros, obreros ante todo, dejando a un lado nuestras pequeñas diferencias ideológicas, unimos con un abrazo fraterno nuestra energía y nuestra voluntad para destruir, en el plazo más breve posible, nuestro enemigo común, nuestro enemigo mortal, que es el fascio.

Tú, honrado trabajador de la tierra, entregado de sol a sol a las duras faenas del campo, alejado desde tu niñez de los lugares en donde hubieras podido adquirir una conciencia y una valoración de tus tareas, te limitarás a responder estoicamente este tan conocido refrán de nuestro Sancho: «Desnudo nací, desnudo me hallo; ni pierdo ni gano». A este estoicismo, a esta resignación, hijos naturales de tu involuntaria ignorancia, yo te ofrezco el ejemplo vivo del pueblo, de nuestro pueblo, el más valiente y abnegado de todos los pueblos; el que en Numancia en 1808 consintió en morir antes que entregarse; el que en Dos de Mayo, sin más armas que sus dientes, trituró a las huestes de Napoleón, y, sin citar mil casos más, el caso actual, admiración del mundo, que al fin ha de llevarnos a la victoria.

«Si todos pensarán como usted...» Todos, camarada campesino, ¡todos!, ten la seguridad, piensan como yo; todos tenemos el convencimiento de que, tanto tu vida como la nuestra, se ha desenvuelto bajo un régimen de opresión, de tiranía, puede decirse de esclavitud, en el cual éramos cosas, bestias más que hombres, ayunos de pan y, lo que es peor, de dignidad, y todos también tenemos plena seguridad en que hemos de sacudirnos ese yugo y lograr para nosotros y para nuestros hijos otra existencia más feliz, más justa, más humana.

Ahora me dices como buen campesino, aficionado a los refranes, que «una cosa es predicar y otra dar trigo», *porque a ti te lo han quitado*. Yo, camarada, ante esta delación no puedo decirte más que esto: O quien te llevó tu grano era un inconsciente, enemigo involuntario del pueblo, o un interesado en desacreditar nuestro Ejército.

Si ha sido el primero debes disculparlo, porque el delincuente se encuentra en tu mismo caso. Era, antes del movimiento, un trabajador como tú, esclavo de su sudor, a

quien no se acercó nunca nadie a indicarle sus deberes. No leía. No estudiaba, y no sólo no había interés en educarlo, sino todo lo contrario. Lo que interesaba es que ese hombre siguiese en las tinieblas de su ignorancia, de su incomprensión, para poder utilizarlo, manejarlo a capricho como a un muñeco mecánico a quien no hace falta explicar nada.

Si ha sido el otro, el artero, el trepador, el infiltrado en nuestras filas con el fin secreto de desmoralizar a la clase trabajadora, haciéndola ver en nosotros una turba de ladrones y asesinos, contra ese no hay que tener consideración ni disculpa alguna. Si es un cobarde, se le escupe. Si es un valiente, se le mata. Todo menos que llene de oprobio a un pueblo que está dando su sangre y sus afectos más sagrados por la causa de la libertad y de la justicia.

Contra éste, contra todos los suyos, camarada campesino, hay que luchar. Tú con tu arado, éste con las ideas, ese otro con el fusil. Todos hermanos, todos unidos en esta gigantesca lucha que nos ofrece el fascismo internacional. Que no falte la semilla en tu campo, pero una vez conseguida es tu deber hacerla germinar hasta conseguir su natural fruto. Nuestro pan, que antes se lo pedíamos a Dios y ahora te lo pedimos a ti. Danos nuestro pan de cada día y nosotros te daremos lo que hasta ahora no has tenido: paz, justicia social y el bienestar consiguiente al que puede sentirse dentro la vida digno de vivirla, al que puede sentirse HOMBRE.

## EL ALCOHOLISMO

POR VICENTE ARROYO

El alcoholismo, como todos sabéis, es el abuso de las bebidas alcohólicas (vino, aguardiente, coñac, etc.).

Se dan muchos casos de alcoholismo o borracheras, que son casos muy bochornosos y perjudiciales para nosotros.

Del alcoholismo puede sobrevenir la perturbación mental, como lo son el idiotismo, la locura; además, también pueden sobrevenir las náuseas (mal sabor de boca), la anorexia (el poco apetito), ardores de estómago, trastornos nerviosos, como lo son los dolores de cabeza, vértigos, parálisis, insomnios, etc., y, finalmente, la tuberculosis.

El alcohol es un veneno y tóxico a la vez, empobreciendo la inteligencia y la memoria.

A un soldado alcoholizado es sumamente fácil sacarle las palabras de la boca, cuyas palabras pueden servir de información al enemigo, que tiene mujeres espías que buscan estas ocasiones para informarse de los borrachos de todo lo que les sea útil.

Camaradas, cuando veáis a un compañero que está alcoholizado, no os riáis de él como se suele hacer, sino convencerle para que deje ese vicio tan feo como bochornoso, y si volviera otra vez a reincidir, debéis denunciarlo a vuestros jefes para que les impongan un castigo severo.



# El Arte de la Guerra en general

POR MIGUEL BURRIERA, del 132 B.

El conjunto de conocimientos necesarios para conducir una multitud de hombres armados, forma de organizarla, moverla, hacerla combatir y dar a la composición de sus elementos el mayor valor y combatividad posible se llama ARTE MILITAR.

El talento de aplicar todos los elementos del conjunto en su preciso momento y poner en práctica las mejores combinaciones con seguridad y prontitud durante las crisis y los peligros es lo que se llama GÉNIO DE LA GUERRA.

El genio militar no será nunca completo si a la técnica no le acompaña el conocimiento de la humanidad, si no se esfuerza a descubrir lo que pasa por el pensamiento de los soldados, tanto en los propios como en los del contrario, pues no basta tener buenas herramientas, es preciso saber manejarlas. La habilidad de un buen jefe consiste en saber manejar a sus hombres, como un obrero maneja sus instrumentos de trabajo; y así como este último se vale igualmente de su pericia y de su destreza, así aquél debe procurar que, poco a poco, el trabajo de cada día vaya haciéndolo a sus hombres manejar la inteligencia al mismo tiempo que los movimientos y sacar de ellos el mayor rendimiento posible.

Estas variadas cualidades es lo que se llama «la moral de guerra», cualidad tan decisiva en el combate y que hace que en el momento culminante de la lucha dé un poder sobrehumano a los luchadores, aumentando a términos inapreciables la potencia guerrera del individuo.

Hay otras facultades que es preciso que adornen a un buen jefe conductor de fuerzas. LA AUTORIDAD Y DECISION. Ambas son dones de la naturaleza, y lo mismo que para ser un buen mando es necesario tener mucha inteligencia, también es indispensable tener carácter. Estas cualidades, que son patrimonio exclusivo del que tiene la suerte de poseerlas, constituyen lo que se llama «el don de mando». No es necesario esforzarse para demostrar que todos no poseemos este don de mando, pero no por esto vamos a desmayar en estos momentos que tantos esfuerzos se necesitan para ganar la guerra; es necesario adquirir otros, que si no los suplen en su totalidad, sí en una mayor parte; éstos se basan en el estudio y la sabiduría. La mayoría de los genios militares poseían uno y otro. Napoleón escribió en cierta ocasión: «Yo trabajo todos los días»; y si Napoleón hacía esto, porque lo necesitaba, ¿qué no necesitaremos nosotros? Así, pues, los mandos al ponerse al frente de sus fuerzas constantemente debe estudiarse a sí mismo y a sus hombres, y al propio tiempo ser un conductor y maestro, para de esta forma cumplir en parte las cualidades que no se haya dotado la naturaleza.

## NECESIDAD DE LA FORTIFICACION

POR PEDRO Y DIEGO

Cuando un núcleo de fuerzas llega a una posición nueva, la primera ocupación que debemos tener es la de fortificar, y por ningún concepto debemos pensar que para eso están los Batallones de fortificaciones, pues estos camaradas no pueden estar en todas partes.

Debemos fortificar, no sólo por que así podremos contener al enemigo en caso de ataque, sino que podremos también defender nuestra vida mejor, combatir con menos riesgo, especialmente en un golpe de mano.

La fortificación es necesaria en las aguadas y caminos, pues el enemigo tiene localizados estos puntos y teniendo bien fortificado es difícil que pueda causarnos bajas; por el contrario, si estos sitios los tenemos descubiertos, muy bien pueden causarnos bajas que sólo se deberían a nuestra despreocupación.

Es de gran importancia la fortificación, por ser un medio eficazísimo de resistencia, como muy bien ha podido comprobarse en los duros ataques que está sufriendo Madrid, que se ha convertido en una fortaleza inexpugnable merced a su maravillosa red de trincheras.

También en la gran guerra pudo comprobarse este medio tan enorme de defensa, empezando por la cavación de trincheras de poca escala hasta llegar a los mejores fortines que se han conocido.

La trinchera se usa en los llanos y donde los terrenos no tienen obstáculos, y consiste en una zanja de ziz zas para de esta forma evitar el bombardeo corrido de la aviación, mortero y artillería. El parapeto se emplea en sitios donde el terreno es accidentado y que, por sus obstáculos naturales (altos y bajos), no se puede dominar al enemigo desde el ras del suelo; los parapetos pueden ser bien de piedras o de sacos terrosos, con una altitud un poco más elevada que la altura de un hombre corriente, con una arpillera, como es natural, para hacer fuego. Así, pues, nuestra consigna al llegar a una nueva posición debe ser: FORTIFICAR, FORTIFICAR y FORTIFICAR.



El nuevo emblema de los deportistas de nuestra Brigada.



## EL DEPORTE Y EL FUTBOL

POR LUIS PEREZ

Hemos visto que hay más interés por el fútbol que por la Cultura Física, debiendo ser todo lo contrario. Muchos no saben que para jugar al fútbol—o lo que ellos llaman fútbol—es necesario una buena construcción física, y esto debemos conseguirlo forjándonos una buena Cultura Física, pues para eso existen delegados deportivos en las distintas unidades de la Brigada.

Si nosotros queremos una juventud sana, fuerte y alegre, nunca lo conseguiremos dando patadas a un balón (aunque así se crea por algunos camaradas) y tampoco se puede celebrar un partido cada dos días. El fútbol no nos vale nada más que en «los momentos actuales» para malgastar las energías que nos hacen falta para otras ocasiones. Y en ciertos casos no vale más que crearnos enemistades en vez de ser un encuentro amistoso y de compañeros. Debe existir competencia para que haya un interés en los encuentros deportivos, pero evitando cuidadosamente que esta competencia estimulante se convierta en rivalidad, que es en lo que vienen a degenerar todos los partidos «amistosos» de fútbol, además de que en el verano no es el tiempo más apropiado para ello.

Queremos que en nuestra Brigada se practique toda clase de deportes, y entre ellos el fútbol, naturalmente, pero evitando que este juego—el más perjudicial de todos ellos—sea el predominante o el que más distraiga nuestra atención y malgaste nuestras energías.

Hemos de practicar aquellos ejercicios que benefician a todos los camaradas por igual y esto se logra haciendo gimnasia. También hay que lograr que las bombas de mano lleguen a una mayor distancia sin tener que hacer un esfuerzo extraordinario, y esto se puede conseguir con los lanzamientos de barra, peso, disco, martillo y jabalina.

Hay que saltar setos, zanjas, barreras, alambradas y otros mil obstáculos, y para ello debemos practicarlos en la carrera y el salto.

La guerra no se gana metiendo goles al enemigo sino alojando balas en la cabeza de los fascistas, y si no gastamos nuestras energías en el deporte, como en un principio mencionamos.

Procuraremos que todo el que practique atletismo sea previamente examinado por el médico, confeccionándole su correspondiente ficha, pero ante todo no olvidemos que estamos en guerra y que las cosas no pueden organizarse ni realizarse a medida de nuestro deseo y que, por encima de todos nuestros criterios, debe sobresalir el de formar un Ejército sano fuerte y potente, a lo cual debemos todos contribuir por medio de la Cultura Física.

Sólo una consigna:

## ¡GANAR LA GUERRA!

POR JOSÉ MEJIA

Al hablar de la retaguardia tenemos que reconocer que no es ya la retaguardia de hace unos meses, frívola, sino que cada día se va sintiendo más influenciada por el ritmo acelerado y firme de la vanguardia. Pero no en la medida que las circunstancias reclaman, no como corresponde al esfuerzo generoso y heroico de los hombres que día tras día ofrecen su vida a la causa de la libertad y el bienestar de todos.

Por esto es necesario que los combatientes de las trincheras, los que han hecho de la consigna «ganar la guerra» su primordial aspiración, deponiendo toda clase de preocupaciones de índole ideológica, que tendrán su momento adecuado cuando la consigna inmediata haya sido superada, es necesario que se dirijan a los camaradas que todavía parecen ignorar la realidad viva y a los que, conociéndola, se entretienen en torneos dialécticos y disquisiciones inoportunas, que a veces tienen culminaciones tan funestas como los recientes sucesos de Barcelona, y les digan:

«Camaradas de la retaguardia: Basta ya de perder el tiempo y las energías en actividades ajenas a la realidad de los frentes. Por encima de vuestras concepciones partidistas, por encima de vuestras discrepancias, por encima de todo, está el ganar la guerra. No os ciegue la pasión política al punto de olvidar que ganar la guerra significa aplastar al fascismo, punto de par-

tida para la realización de nuestros ideales de libertad. Pensad, camaradas, que la sangre derramada por tantos compañeros nuestros está clamando venganza, y que mereceríamos el desprecio de la Historia si no supiéramos honrarlos. Pensad que el dolor de nuestra España masacrada, la tragedia horrenda de nuestros hogares deshechos, nuestras madres, nuestras compañeras, nuestros hijos asesinados por las horridas fascistas; nuestros campos y ciudades arrasados por los invasores extranjeros, toda esta horrible amalgama de sangre, lágrimas y agravios no puede quedar impune, está exigiendo que el arma potente, incontenible, de la unidad antifascista aseste el golpe definitivo al monstruo que nos hace la guerra y que amenaza con el exterminio de todos nosotros. Los combatientes de la línea de fuego, arma al brazo, dispuestos a dejarnos matar antes que ceder un palmo de terreno, os damos el ejemplo de la unidad, de la fraternidad revolucionaria. Entre nosotros no existen diferencias de partido. No hay más que soldados de la Libertad y el Progreso. Camaradas que en la retaguardia escribís periódicos y pronunciáis discursos, escuchad la voz de las trincheras. No queremos más discrepancias sobre problemas que no pueden existir en tanto el fascismo no haya sido vencido con las armas. Basta de charlatanería y de maquiavelismos estúpidos. Queremos ganar la guerra. Necesitamos ganar la guerra. No queremos saber otra cosa que no sea ganar la guerra. ¿Está claro, camaradas de la retaguardia? Y tened la seguridad de que, una vez ganada la guerra, las armas con las que hayamos derrotado al fascismo, en nuestras manos, en manos del pueblo que sabe defender su libertad, serán la mejor garantía de que esta libertad no nos podrá ser jamás escamoteada, porque a un pueblo armado, digno y victorioso no es posible escamotearle lo que le ha costado sangre conquistar.»

Esta debe ser nuestra llamada a los camaradas que dialogan, más o menos plácidamente, en la retaguardia. En nuestras cartas, en nuestras conversaciones con ellos sólo así debemos hablarles. Tenemos derecho a exigir que se nos oiga y se nos imite. Nada más que una consigna: ¡GANAR LA GUERRA!

¡Viva la unidad de todo el pueblo antifascista!

